



El Duende Juguetón de la Caverna

Burn Loayza



Mateo, un niño de ojos curiosos y sonrisa traviesa, vivía cerca de los misteriosos cerros de la Amazonía. Le encantaba explorar y soñar con aventuras, mientras el sol brillante iluminaba el paisaje verde. Siempre escuchaba las historias que contaban los pastores sobre las profundas cavernas.



Un día, Mateo se acercó al grupo de pastores y escuchó atentamente. Ellos hablaban en voz baja sobre un duende con ojos brillantes que habitaba las cuevas, un ser que, según la leyenda, se alimentaba de la energía de los curiosos. Mateo no sintió miedo, sino una chispa de emoción en su corazón.



Con su pequeña mochila a la espalda y una linterna, Mateo decidió que era hora de descubrir la verdad. Caminó hacia la entrada de la cueva, que parecía una gran boca oscura en la ladera. Una mariposa de colores vibrantes revoloteaba a su alrededor, como dándole ánimo.



Al entrar, el aire se volvió fresco y húmedo, y la luz del sol se desvaneció. Mateo encendió su linterna y vio estalactitas y estalagmitas que parecían dientes de piedra. De repente, escuchó una risita juguetona y un eco que le hizo cosquillas en los oídos.



Una figura pequeña y redonda con enormes ojos relucientes apareció entre las sombras. Era el Duende de la Caverna, con orejas puntiagudas y una sonrisa pícara. No era aterrador, sino más bien como un personaje de caricatura travieso, flotando ligeramente en el aire.



El duende, con un movimiento rápido de sus manos, hizo desaparecer por un instante el recuerdo del desayuno de Mateo. Mateo parpadeó, confundido, y se rascó la cabeza, tratando de recordar qué había comido esa mañana. El duende soltó una carcajada.



Mateo, en lugar de asustarse, entendió que el duende solo quería jugar. Sacó de su bolsillo una piedra brillante que había encontrado y se la ofreció al duende. "¡Quizás esto te guste más que mis recuerdos!", dijo con una sonrisa.



El duende quedó asombrado por el regalo. Sus ojos brillaron aún más, pero esta vez con sorpresa y alegría. Nunca nadie le había ofrecido un regalo antes, solo habían intentado huir. Tomó la piedra, girándola con curiosidad.



Con un gesto de agradecimiento, el duende devolvió el recuerdo del desayuno a Mateo, y luego le mostró el verdadero "tesoro" de la cueva: una pared llena de cristales que brillaban con todos los colores del arcoíris. No era oro, sino la magia de la luz.



Mateo salió de la cueva, no sin memoria, sino con una historia maravillosa y un nuevo amigo. Contó a los pastores sobre el duende juguetón y los cristales mágicos, cambiando la leyenda oscura por una de asombro y amistad. El duende observaba desde la entrada, sonriendo.